



VISTA DE LA CHAUX-DE-FOUDS (SUIZA).

La mayor parte de los viajeros del mundo, pasando por Francia, entra en Suiza por Génova. Hoy que se ha inaugurado ya el camino de hierro de París á Strasburgo, en muy poco tiempo se va de París á Bale, ciudad que todos los viajeros anhelan por ver. Sin embargo, para los que no gustan de esa celeridad maravillosa, y si de los bellos paisajes fecundados por el Jura, quedan aun entre Bale y Génova, caminos menos frecuentados de carretera.

También se puede llegar hasta Dijon por el ferro-carril: á cualquier hora se encuentran allí carruajes para Becanzon, donde verdaderamente comienza el viaje pintoresco, y las risueñas montañas que dominan la capital del Franco-Condado.

Desde Becanzon hay muchas sendas, aunque peligrosas, para llegar á Neuchâtel. Tiene el viajero que atravesar por Ornaus, Pontartiers, le Val-Traveas y Motiers, ó por los valles de Morteau y de la Chaux-de-Fouds.

Un día entero emplea la diligencia desde Becanzon á la Chaux-de-Fouds, espacio que en dos horas recorrería una locomotiva; y luego hay que apearse para trepar las colinas, á riesgo de bajarlas de cabeza como se deslice un pié. Esto puede servir de ensayo al que tenga que pasar los Alpes.

El aire de las montañas despierta el apetito grandemente; pero por fortuna, al pié del camino pastan rebaños que pueden surtir de leche, y hay también donde el viajero se provea de frutas. Por lo comun se almuerza en el pueblecito de Abondray, en cuya posada modesta y abundante, aunque no en cosas de gusto, sirven al viajero con muy buen agrado y módicamente. El único cuadro de toda la sala, es de encina sin pintar, con este letrero en medio de grandes letras negras: *Dios solo*. Todos nos admiramos de aquel lema religioso y sencillo, mucho mas elocuente que libros y que lienzos magníficos. Uno de nuestros rústicos comensales, que no sabía leer, nos preguntó el significado de aquella misteriosa inscripción, y en su silencio, cuando lo supo, echamos de ver que un pensamiento muy grave había sin duda venido á turbar su hambre. El alma de aquel viajero se había elevado á la contemplación de aquella omnipotencia, cuyas magníficas obras iban á admirar en breve.

A poca distancia se aparece de repente el valle de Morteau como un anfiteatro de verdura, valle en que se goza de los placeres de la soledad y de la amable compañía de sencillos labradores. Ni gritos ni ruido, á escepcion de los cencerros de las vacas.

Costeando el Doubs, se sale del valle, y se atraviesa Villiers, puesto aduanero, y á la caída de la tarde se llega á Locle, laboriosa y rica aldea casi destruida por un incendio en 1853, pero que gracias á sus activos moradores renace de sus cenizas como el fénix. Desde aquí á la Chaux-de-Fouds apenas hay tres horas de camino.

El origen de esta población es, segun dicen, menos antiguo que el de Breuets y Locle. En 1312 solo se componia de ocho ó diez casas, y sus vecinos vivian de la caza; en 1318 ya elevaron una capillita á S. Huberto; en 1556 penetró el protestantismo en el valle: en 1656 Enrique II de Orleans le concedió en Rouen derechos de pueblo; y en 1757 llegaban á 2,000 los habitantes, y á pesar del incendio de 1794 cuya pérdida se valua en 1.500,000 libras, los progresos de la población han sido tales, que en 1850 contaba 7,000 almas, y hoy pasa de 15,000.

### EL HOMBRE FELIZ A PESAR SUYO.

(Conclusion.)

III.

La duda era imposible; aquel fragmento de una carta dirigida á su novia, la acusaba de una traicion: era la queja de un amante abandonado. La cabeza de Beaumont empezó á exaltarse, y él no tardó en discurrir agitado por su gabinete, sin acordarse de que el tiempo trascurría.

De pronto se abrió la puerta y entraron dos amigos suyos, que debían servirle de testigos.

—¡Cómo, doctor! exclamó uno de ellos, que era aficionado á la poesía y había escrito el epitalamio. ¿Tocabas el violin? ¿Esculapio se distrae así con Apolo, mientras Hebe le espera para escanciarle el néctar?

—Vamos, añadió el otro jóven, comerciante y almacen de dichos agudos: he aquí llegado el plazo; es preciso pagar en metálico sonante, para que no protesten la letra.

Faustino pareció como que despertaba de un letargo: miró al reloj, y sin pronunciar una palabra acabó de vestirse.

Las circunstancias no le permitían aclarar sus dudas, y sin embargo no podía ahuyentar un secreto terror; hubiera querido retardar

12 DE SETIEMBRE DE 1852.



la ceremonia, pero conocia la imposibilidad en que se veia de dar este paso.

Se decidió pues á salir con una vacilacion muy parecida á la repugnancia.

En aquel momento le entregó Catalina una carta que acababan de llevar. Beaumont, entregado á sus pensamientos, la metió en el bolsillo del chaleco y apresuró el paso con sus compañeros.

Al llegar á casa de la señora Dumontel, le recibió Severina con su acostumbrada afabilidad. La viuda le regañó amistosamente por su inexactitud, y Carlos le estrechó la mano.

Dirigiéronse al punto á la iglesia de San Eduardo, donde ya les aguardaba el doctor y empezó la ceremonia. Los asistentes, que eran varios convidados á la boda y algunos curiosos, permanecian en el mayor recogimiento. Catalina rezaba su rosario con un fervor ejemplar, y admiraba la juventud y apostura de los novios.

En cuanto á Faustino, solo podemos decir que cada vez atormentaba mas su turbada imaginacion. Comentaba el pedazo de carta hallado en el cuaderno de Severina, componia una novela, en la que hacia el papel mas triste, y reuniendo las chanzonetas é indicaciones que se le habian dirigido, convirtió en realidades sus sospechas.

Impulsado por una especie de fiebre, desgraciado é indeciso, se habia quitado y puesto dos veces los guantes, y habiendo metido casualmente la mano en el bolsillo del chaleco, encontró la carta que le habia dado Catalina, la sacó, la abrió sin pensar lo que hacia, y después de recorrerla, se fijó en su contenido.

Este se reducía á lo siguiente:

«Caballero:

Os engañan; la señorita Dumontel no os ama y si á otro. Razones de familia y de interés que os son fáciles de conocer, la han obligado á aceptar la ofita de vuestra mano. Después del matrimonio, tened cuidado con los recuerdos.

UN AMIGO VUESTRO.»

Esta carta fué para Beaumont una luz repentina, y ya no dudó: Severina se casaba con él por su posicion, por su fortuna, no por cariño.

Un sentimiento de despecho conmovió toda su alma.

La voz del rector se dejó oír al mismo tiempo y pronunció las palabras sacramentales:

—Faustino Beaumont, recibis por vuestra legitima esposa á la señorita Severina Dumontel, que está presente?

Este era como un desafío arrojado á la indignacion del joven médico, que irguió la frente y contestó con acento firme:

—No!

Los circunstantes se admiran; Severina dirige al celebrante una mirada de asombro; la señora Dumontel se acerca á su hija, y Carlos frunce el entrecejo.

El rector, que conocia el carácter escéntrico del joven médico, repitió la pregunta, pero Faustino respondió sin turbarse:

—He oído perfectamente y digo que no.

Difícilmente intentaríamos bosquejar el desórden que ocasionaron estas palabras. Severina se desmayó, Carlos quiso arrojarle sobre Beaumont, pero le contuvieron, haciendo salir á ambos por distintas puertas; el rector subió al altar, retirándose al punto á la sacristía, y el bedel, agente celoso de los intereses de la fábrica, se apresuró á apagar las luces.

#### IV.

Severina entró en su gabinete con el corazón desgarrado; se desnudó de sus galas y permaneció silenciosa largo tiempo con el codo apoyado en la chimenea. Por último exclamó:

—Sí, es preciso; es el único medio de evitar la humillacion, de consolar á mi madre, de apaciguar á mi hermano, de impedir un duelo... Es preciso, es preciso.

Al punto escribe algunas líneas, cierra su carta, procura ocultar sus lágrimas con una sonrisa, y se dirige á la sala donde se encuentran Carlos y su madre.

—Os ocasiono muchas penas, les dice, pero consolao, porque tengo esperanzas. Sin embargo, sacadme de una duda que me atormenta.

—Hábla, le contestan ambos á un tiempo.

—Lo que acaba de suceder ¿no os ha inspirado la menor sospecha contra mí? ¿Creeis que he merecido el insulto de Mr. Beaumont? ¿Soy en fin siempre aquella Severina que merecia vuestra confianza?

—¿Puedes dudarlo? la dice la señora Dumontel estrechándola contra su pecho.

Carlos hizo lo mismo.

—Gracias por el bien que me haceis; con el favor del cielo, todo puede repararse y obtendremos satisfaccion.

—Sí, exclamó Carlos; yo te la prometo.

—Solo pido que esperes y me permitas hacer antes lo que creo justo y razonable.

—Consiento.

—Pues en ese caso, envia esa carta.

Carlos la cogió y vió que el sobre decia:

Al señor doctor Beaumont.

—¿Cómo! ¿Tú la primera! ¿A él!

—Hija mia, añadió la viuda. ¿Qué vas á hacer?

—Olvidais pronto vuestra palabra, respondió Severina. Te ruego, Carlos, que envíes esta carta.

Ejecutose esta órden y Severina añadió al retirarse:

—Le recibiré sin que me perdaís de vista, y nada haré que sea indigno de mí.

#### V.

Catalina se retiró de la iglesia sin saber á qué santo encomendarse, por la escena original y estraña que acababa de presenciar; pero no bien oyó la voz de su amo que volvía, bajó á alumbrarle. Después de entrar en la sala, puso la bujía sobre una mesa, se cruzó de brazos, y mirando fijamente al médico, le dijo:

—¿Habeis hecho un lindísimo negocio!

—Ea, contestó Beaumont incomodado, ¿te propones tambien atormentarme como los demás?

—¿Atormentarte! ¿Después de la afrenta que has hecho á esa buena gente! ¿Y nada menos que en la iglesia!

—Tú no puedes comprender mis motivos...

—Déjame en paz: tu cabeza es una ratonera.

—¿Catalina!

—Enfádate cuanto quieras, pero ¿qué he de responder en el mercado cuando me digan que te has vuelto loco, ó que esa señorita se lo tiene bien merecido?

—Escusas hablar.

—Eso es: para que añadan que nada sé, y que no poseo tu confianza: será un deshonor para mí.

—Vete al diablo; necesito estar solo.

—Bueno, bueno: mañana será otro día.

Y la vieja se fué refunfuñando, pero no tardó en volver diciendo:

—Aquí hay una carta.

—Dámela, contestó Faustino, y luego añadió: será una provocacion... no... escribe la señorita Dumontel.

La carta decia así:

«Severina tiene derecho á una explicacion, y la exige, no de vuestro corazón, sino de vuestra justicia y lealtad. Venid mañana á las ocho, y entrad por la puerta pequeña del jardín. Os esperaré en el emparrado, al fin de la verja.»

—Esperan contestacion, dijo la vieja.

—Dí que iré... que tendré el honor... no, espera: voy á contestar por escrito.

Hízolo así, y después de emborronar tres ó cuatro billetes, se fijó en el siguiente:

«Mañana á la hora prescrita me pondré á las órdenes de la señorita Dumontel.»

Después de una noche de insomnio, Faustino fué exacto á la cita. Severina levantó la cabeza cuando sintió que se acercaba, y contestó al saludo del doctor con un movimiento de cabeza acompañado de una sonrisa, é indicándole con la mano el otro extremo de la verja, donde se hallaban sentados Carlos y su madre.

—Mr. Beaumont, dijo al fin Severina, os agradezco vuestra puntualidad, pero estais conmovido: tranquilizao: quiero hablar á un hombre que conozca bien el papel que me hace representar, y lo que le corresponde hacer. Nuestra entrevista debe ser corta; así pues, no invocaré sentimientos de que no debemos hablar, pero cuando los asegurabais ¿era por ilusion ó por engaño?

—Nada de eso, señorita, respondió Faustino; eran sinceros.

—Es decir que luego cambiasteis. ¿Y por qué no provocasteis una explicacion, de la cual hubiera salido yo sin duda victoriosa? ¿Os empeñabais en darme á entender con escándalo que era indigna de ser vuestra esposa?

Beaumont se estremeció, como ofendido de esta sospecha.

—Es decir que se me ha acusado y tengo derecho para conocer esa acusacion.

—Perdonad; se me aseguró que amabais á otro, y que yo no conseguiria haceros dichosos.

—Y entre tanto soy una muger, cuya reputacion...

—¿Cómo, señorita! ¿Quién osará!...

—Sois el primero que lo ha declarado al negaros públicamente á aceptar mi mano.

—Yo desmentiré en alta voz todo cuanto se hable en ese sentido. Si; ya veo que he obrado como un loco, pero ¿qué puedo hacer para devolveros la tranquilidad? Disponedlo.



—¿No os parece que toda ofensa exige una reparación?  
—¡Ah! Mucho sentiré tener que dar pruebas de valor, pero... estoy pronto.

—Sí; á matar el hermano para rehabilitar á la hermana.

—Mandad pues lo que gustéis, y todo lo haré.

—La ofensa ha sido pública; pedid pues de nuevo mi mano y yo os respondo que se os concederá: dentro de pocos días iremos otra vez al altar, y contestareis afirmativamente á la pregunta del sacerdote... ¡Oh! No os alarméis, porque yo me negaré á ser vuestra esposa.

Faustino quedó desconcertado al oír estas palabras, pero suscribió humildemente á ellas. Se levantó, besó la mano á Severina, y se retiró después de haber saludado hácia la verja.

## VI.

Tres cuartos de hora después se presentó Beaumont en casa de la señora Dumontel; confesó sin rodeos la falta que había cometido; reconoció que había comprometido á la que tanto le había honrado, y pidió con instancias que le fuese permitido reparar su falta solicitando de nuevo la mano de Severina.

Nada se habló de la negativa que debía darle esta última en el altar, pues era una cuerda demasiado delicada: la demanda fué acogida con benevolencia, y se fijó la ceremonia para de allí á ocho días.

Por las nuevas invitaciones que repartió Beaumont, y por los rumores que tuvo cuidado de esparcir, se supo que su enlace con la señorita Dumontel no estaba roto, sino diferido.

Llegó por fin el gran día.

Afrentar Beaumont por la mañana en la sala de la viuda, se le tuvo sorprendido al ver á Severina sentada al piano, y preludiando una tocatá de Hertz. Acercose á ella rogándola que continuase, y se colocó á su lado, para volverle las hojas del cuaderno. A medida que ella tocaba, sentíase Faustino mas conmovido; por último, volvió la última hoja, y entonces reparó en un papel que servía de señal, como el pedazo que tantos males había causado, y que era sin duda de la misma mano. Se inclinó para verlo mejor: era el resto de la carta; lo que faltaba al otro fragmento. Beaumont lo cogió sin afectación, lo enrolló entre sus dedos, y cerró el cuaderno, retirándose poco después á su casa.

Sin perder momento corrió al neceser, sacó el primer pedazo, lo juntó con el segundo, y leyó lo que sigue:

«Querida prima:

Acabo de tener noticia de tu casamiento, pero no acuses á nadie mas que á tu tío de semejante traición. Me lo ha dicho sin querer, y yo me he acordado de tu promesa y me puse furioso al pronto, pero después consideré que habrás tenido motivos para callarlo y que no puedo cesar de amarte. Quiero pues olvidar tu reserva para conmigo, y escribirte á pesar de todo para dirigirte mi mas sincera felicitación.

Tu afectísimo primo—ERNESTO LEGRIS.»

Beaumont quedó petrificado, porque la carta entera derribaba todo el castillo de suposiciones que habían producido su resolución: conocía ya que sus sospechas carecían de fundamento, y que el insulto hecho á Severina había sido tan injusto como insensato. Restaba una carta anónima, pero ¿merecía fé un escrito cuyo autor se ocultaba? Pero también se desvaneció su importancia, pues el escribano, de quien ya hemos hecho mención, confesó que era suya y que la había escrito en broma. Estas circunstancias despertaron mas y mas el amor de Beaumont á Serafina, y no podía perdonarse el haber perdido por un capricho su felicidad. Estaba desesperado y furioso.

Acordose sin embargo de su promesa á Severina, y decidido á cumplirla fué á buscar á sus dos testigos, quienes le felicitaron de nuevo por haber renovado su amistad con la familia Dumontel. Dirigiéronse los tres á casa de la viuda, y poco después salieron todos para la iglesia.

La afluencia de curiosos era grande, pues aunque no se temía otro escándalo, todos querían ver de qué modo se desmentiría el novio.

La señora Dumontel, apoyada en el brazo de Carlos, estaba al lado de su hija; Beaumont permanecía sereno al parecer, y Severina se mostraba digna y modesta. Faustino la miraba con admiración, pues nunca la había visto tan bella, ni había podido apreciar todo el sacrificio que iba á consumarse.

Absorto estaba en sus pensamientos, cuando le interpelló el rector: —¿Recibís como legítima esposa á la señorita Severina Dumontel, aquí presente?

—Sí, respondió con voz firme y al mismo tiempo dirigió una mirada á Severina.

Las mejillas de esta acababan de cubrirse del mas vivo encarnado. Sus ojos brillaron con un resplandor que parecía presagiar un triunfo.

El rector se volvió hácia ella y repitió su pregunta, á la cual contestó con un sí, articulado sin vacilar y con reposado acento.

Beaumont se estremeció, Carlos no podía creer á sus oídos, y la señora Dumontel se inclinó hácia su hija diciendo:

—¡Ah! ¿Qué has hecho!

Severina los tranquilizó con una mirada llena de confianza.

En el salon de la viuda la novia se sentó en el sofá, y Beaumont á su lado.

La espresion de las facciones de Faustino era radiante; estrechó las manos de Severina, y llevándolas á sus labios, exclamó:

—Os vengais como se vengán los ángeles.

—Es decir que me perdonais, contestó la jóven.

—No, os bendigo, replicó Faustino, porque sin vos me hubiera hecho desgraciado para siempre mi propia locura. Habeis representado el papel de la Providencia, y me habeis hecho feliz á pesar mio.

## FIN.

## LOS ZAPATOS DE LA INFANTA.

## V.

La aparición de aquella muger conmovió al anciano, como hemos dicho, arrancándole de su abstracción mental.

Era la recién llegada una muger jóven, de faz simpática y continente humilde: el manto que la abrigaba, envolviéndola enteramente, parecía simbolizar un recogimiento virginal, íntimo, una reserva de pureza invulnerable á las asechanzas y á los peligros.

—Tan pronto!... exclamó el anciano levantándose y dando un paso adelante.

—Sí, padre mio: la señora condesa acaba de acostarse, quedándose dormida á la lectura que en este libro le he hecho de las oraciones: nada tenia que esperar en el castillo, y he corrido á vuestro lado.

—¡Excelente hija! dijo el viejo con inefable dulzura dando un beso en la frente de la jóven: ¿pero has venido sola?

—No señor.

—¿Y quién te ha acompañado?

—¡Ah!... es verdad: no me acordaba de deciros que desde hace cuatro noches me acompaña hasta aquí el ayuda de cámara del señor conde.

—¡Pobre hija mia! exclamó el viejo: tan jóven y venir así... abandonada en medio de la noche... ¡Dios mio!... qué he hecho yo para merecer tanta crueldad!... Un año hace que, muerta mi esposa, he quedado solo en el mundo con esta hija única á quien amo tanto, y por cuya felicidad hubiera sacrificado cien vidas que poseyera, pero cuando en este abandono debiera su padre trabajar por ella... velar por ella, héle aquí imposibilitado y ciego... sin poder salir si no le conducen; mientras que esta pobre Blanca va á ganar un salario lejos del paterno hogar para sostenerle! ¿Por qué, al menos, no he de tener un poco de vista para conducirla hasta aquí desde el castillo cuando se retira á las altas horas de la noche!... ¿Por qué, al menos, no he de poder quedarme solo sin ella, libre del temor de que un día me encuentre á su llegada exánime en mi lecho!

—¡Por piedad, padre mio: compadeceos de mí... compadeceos de vos mismo!... ¿Por qué no hemos de entregarnos á la alegría las pocas horas en que somos dichosos porque estamos reunidos?...

—¡Ah, pobre niña!... ¡cuán contadas serán estas horas!... Pero tienes razón... ¿por qué hemos de entristecernos?... Sin embargo, la idea de que no tardará en llegar el día en que quedés enteramente sola... me aterra.

—¡Sola... no! ¿eso nunca! Vivireis, padre mio, vivereis... ¿Qué es lo que os aqueja? La falta de vuestro compañero de estudio... Pero él vendrá, y entonces...

—Vendrá!... crées que vendrá?... Dime, hija mia: ¿te dice el corazón que vendrá esa nuestra única estrella polar?... Dime lo que sientes... tan solo lo que sientes; pues eso será una inspiración...

Y aquel pobre ciego, encorvado bajo la eoyunda de los años y las pesadumbres, irguióse como un jóven esperando con avidez la sentencia que debía salir de los labios de su hija.

La verdadera inspiración de Blanca era fatal: nadie cual ella estaba penetrada de la suma de padecimientos que aquejaban á su padre, sumiéndola á ella misma en el mar de angustias de que parecían eximirle sus pocos años; nadie cual ella desesperaba de todo bien; nadie cual ella estaba lejos de esperar aquel anhelado salvador.

Iba sin embargo á pronunciar una palabra...

Empero el junco invisible de Orfelina toca levemente los labios de Blanca, y la palabra próxima á salir de su boca, espira balbuciendo una escusa.

Nuestros lectores apreciarán la situación estraña de estas dos personas por la breve reseña que vamos á hacerles al efecto.

El anciano era un antiguo marino escocés, que había servido en la



armada inglesa por espacio de muchos años: destinado en muchas ocasiones á las penalidades de los descubrimientos, en esos atrevidos buques conducidos por el timon inglés, ora á los hielos flotantes del Norte, ora á las abrasadas aguas de la zona tórrida, había aprendido de los mas sabios marinos de su tiempo, á cuyas órdenes había atravesado los mares en direcciones tan diversas, la parte mas sublime de la atrevida ciencia de la navegacion. John Vidigton, que tal era el nombre del viejo, ocupaba sin embargo una esfera sobrado humilde, y era demasiado modesto por su natural para que nunca dejase traslucir sus conocimientos, á no ser en la exactitud mas pura de cuanto se encomendaba á su cuidado; precision que era por todos achacada á un exceso de práctica y nada mas.

Retirado del servicio y establecido en su país natal, no pudo olvidar sus antiguos hábitos, y la independencia de que su voluntad disfrutaba entonces, condujo su mente al libre curso de sus arranques científicos.

Una idea gigantesca dominaba sus facultades: esta idea era la de descubrir una serie de vias mas rápidas que las conocidas, por las cuales pudiera hacer la Gran Bretaña un comercio aun mas activo y menos costoso con las mas apartadas regiones de la tierra.

Un jóven de inteligencia tan precoz como espedita, comprendió desde luego la importancia suma de aquella idea, y asociado á John Vidigton, se pusieron ambos á trabajar en ello con un ardor infatigable.

Era muy escasa la fortuna reunida de estos dos hombres: John Vidigton tenia que atender con su trabajo á sostener á su esposa é hija, y Velly, que era su compañero, sustentaba con el suyo á sus padres, que eran muy ancianos. Escusado parece pues decir que en instrumentos y cartas geográficas gastaron enteramente su caudal.

Berta, esposa de John, maldecía de todas veras los proyectos de su esposo; pero este, que se había comprometido en ellos, y solo en ellos pensaba, en la esperanza de su realizacion cifraba toda su dicha.



La ruina fué acrecentándose por grados: Berta sucumbió al exceso de las privaciones; John, aterrado por aquella desgracia, puso coto á las suyas; mas sus antiguos trabajos y el doloroso efecto que le produjo la muerte de su esposa, le aniquiló y le arrebató la vista.

El dia en que John Vidigton reconoció la falta de este órgano fué para él de horrible sufrimiento: para describirlo, daremos alguna tregua á nuestro relato.

## VI.

John Vidigton pasaba las noches mas crueles en presencia de los tristes recuerdos de su esposa, que invadían de tropel su enardecido cerebro: en los arrebatos de su dolor que hacían chocar con fuerza sus facultades físicas y morales, apenas llegaba á permitirle algun respiro el recuerdo de su hija, de la pobre Blanca, que le había quedado en el mundo para consuelo de su angustia, como para que supiese apreciar el valor de una vida que debía ser consagrada á aquella inocente. En vano buscaba en las ilusiones de sus gigantescos planes un calmante á su triste situacion: sus planes no acababan de corresponder á sus esperanzas, y presa de la última miseria, vióse en el caso de tocar el último escalon de la miseria.

Su vigoroso compañero había acabado de desmayar á la vista de obstáculos tan insuperables, y sin pan que llevar tampoco á la boca de sus padres, tuvo que embarcarse en un buque de guerra, empeñado en peligrosas expediciones marítimas.

Esta separacion acreció hasta un punto indefinible el mal estar

del viejo John: en pocos dias viósele encorvado bajo el peso de tanto padecer: diríase que buscaba el descanso del sepulcro como único bien que la tierra debía producirle.

Una noche, desfalleciendo y anonadado por los pesares, llevó el exceso de sus cavilaciones al extremo de temblar por su vida en aquel mismo punto. Acordose en aquel trance de su hija; y como si esta idea le devolviera todo su vigor antiguo, hizose esta reflexion:

—Mi última hora se acerca; pero dejemos á esa infeliz al abrigo de la miseria que me persigue.

Dice, y tomando sus mapas, y reasumiendo en su mente todas las ideas que acerca de su gigantesco plan se había formado, mide, traza, y pugna por hallar la realizacion de su idea.

Un pensamiento luminoso, un rayo de celeste luz esclarece por fin su mente.

—¡Dios mio!... exclamó cayendo de rodillas: ¿será posible que me hayais concedido la dicha de hacer ese soberbio descubrimiento?... ¿Habrá de agradecerme mi patria... el mundo entero estos desvelos á que el interés de la humanidad me ha conducido?... ¿Mi hija... mi pobre hija será al menos feliz?

El anciano se levanta; pero... ¿qué es lo que pasa por él? Ya no ve la luz... ya no encuentra sus cartas... pero sí; las palpa, las examina por el tacto... ¿Y verlas?... Dios mio!... La revolucion de ideas que en un momento se habían sucedido en la mente del viejo, habían dejado ciego al infeliz!

John da gritos de dolor en presencia de tamaña desgracia, acon-



tecida en el momento de tocar la dicha.—Luz!... luz!... esclama, como si el sol que ya habia comenzado á asomar por el horizonte una hora antes, hubiera sufrido un espantoso eclipse total.

Blanca acude presurosa á los gritos de su padre.

—¿Qué teneis? le dice.

—¿Qué tengo!... que somos felices... enteramente felices!...

—¿Será posible, padre mio?...

—Sí... sí... solo me falta una luz... traeme una luz... ah, no tardes, Blanca, que los instantes son preciosos!

—Una luz! ¿Para qué la quereis?

—Para ver!... prorrumpe el viejo casi colérico: ¿no ves que nos llamamos á oscuras?

—¿A oscuras y los rayos del sol entran ya á torrentes en la estancia?

—No... no: es imposible: yo no veo... y...

Un grito doloroso lanzado por la pobre Blanca detuvo las palabras del anciano.

—Estais ciego!... exclamó, ciego!!!

Dijo y corriendo precipitadamente, parte á la casa del médico de la aldea para que concurriese al punto á examinar el estado de su padre.

El facultativo habia ya abandonado su casa, y acostumbrado á aprovechar las mañanas del estío, habia tomado su escopeta, y partido á cazar.

No por eso desmaya la escelente hija de Jhon: recorre las cercanías con breve planta; pregunta en todas partes si han visto al doctor; y por último, el estampido de un tiro de escopeta le señala el punto en que aquel se halla.

Corre al sitio con la velocidad del rayo, y halla al doctor en efecto.

—Volad!... esclama al encontrarle: mi padre acaba de quedarse ciego... tal vez sea tiempo... volad!

—Y con qué me pagareis?...

—Ah por piedad! somos pobres... pero devolved la vista á mi pobre padre, y seréis poderoso.

—Poderoso!... Andad, niña; dejadme en paz con mis conejos... Aun no he recogido el que acabo de cazar.

(Continuará)

## PLESSIS-LES-TOURS

EN TIEMPO DEL REY ENRIQUE III.

1589.

(Continuacion.)

### LA ENTREVISTA.

A un cuarto de legua al SO. de Tours y sobre una esplanada de bastante estension, á la que se llega por una pendiente suave, se divisa una torre que desde lejos parece solitaria. Pero á medida que se eleva el terreno se descubre poco á poco un vasto parque cercado de murallas, y luego un edificio de moderna apariencia que llama desde el primer momento la atencion. Hacia el Sur se dibuja claramente la torre de que hemos hablado. En vez de oriflama se ve ondear en caprichosas espirales un negro vapor que no tarda en confundirse con las nubes que el frontis de la torre hace ademan de buscar.—Este vapor es hoy el humo de una fábrica de perdigones: esta torre, este pabellon restaurado, todo lo que resta del sombrío y temible castillo en que Luis XI sepultó por espacio de veinte años sus vastos y tenebrosos proyectos y sus supersticiosos temores, es, ó mas bien era, el terrible *Plesis del Parque*, ó *Plesis de las torres*.

El tiempo ha paseado su nivel implacable sobre todas sus grandezas. Amos y criados, verdugos y victimas, todo ha desaparecido: nada queda ya... nada mas que dos ruinas, vestigios eminentemente característicos, última palabra de aquella época memorable, arrojada como una revelacion cabalística á los adoradores de lo pasado.

¡El calabozo en que gemia La Balue, la humilde capilla en que oraba el anacoreta calabrés!

Nada... mas que un granito imperecedero; el recuerdo, sobre el cual ha esculpido la historia el nombre de un principe y el talento de los dos poetas Walter-Scott y Casimiro Delavigne.

Habia llegado sin embargo el momento en que Plessis debia ilustrarse nuevamente. En efecto, se elevaba puro y radiante el sol del 30 de abril, y la Francia entera tenia la vista fija en la Turena, porque conocia que allí se debatía la alta cuestion de su porvenir. Asi era que desde muy temprano inmensa multitud de extranjeros y de habitantes coronaba las ricas y pintorescas orillas del Loira. Y aquella multitud que para el modesto labriego debia formar un espectáculo tan extraño como agradable, parecia como sostenida por un solo sentimiento: el de esperar. Todas las miradas se dirigian hacia el poniente, y un zumbido,

semejante al que sale de una colmena, se escapaba de sus apiñadas filas. Por fin, en un recodo formado por la orilla derecha del rio y á poca distancia de la graciosa capilla de Saint-Cyr, se observó una gran polvareda, que servia de avanzada á los que eran esperados. Una inmensa aclamacion semejante á un grito formidable resonó en el espacio, y casi al mismo tiempo apareció la vanguardia bearnesa. Un escuadron de caballeria ligera se adelantaba al gran trote, barriendo cuanto se oponia á su paso, y después se veía un cuerpo numeroso de caballeros bien montados. En su marcial apostura se les reconocia fácilmente: eran los principales guerreros del ejército del rey de Navarra. A corto trecho seguian los guardias del rey, mandados por su capitan Vignolles, y en medio de ellos, y cercado de algunos caballeros de alto rango, aparecia un personaje que montaba un magnifico caballo blanco. Cerraba la marcha un peloton de arcabuceros montados, cuyas apretadas filas se esparcian por todas las sinuosidades del camino, semejantes á una serpiente que sacude sus brillantes escamas.

Al mismo tiempo se vió salir de la ciudad y atravesar el puente á otro caballero que parecia de importancia, á juzgar por los bordados que cubrian su traje de terciopelo blanco. Iba acompañado de otros caballeros, á quienes costaba trabajo seguirle. No bien estuvo á algunos pasos del personaje antes citado, cuando echó pié á tierra y se inclinó profundamente. Aquel correspondió cortesmente á su saludo, y haciendo que se acercase, comenzó á hablar con él. Pero al punto en que fué conocido su mensaje, fué muy fácil conocer que no obtenia el asentimiento de la mayoria. Un sordo murmullo se esparcia entre los soldados, y los caballeros y oficiales rodeaban al personaje del caballo blanco, y parecia que le hablaban con calor. Enrique los separó afectuosamente, y haciendo seña á Vignolles, dió una orden, y los guardias se dirigieron lentamente hacia el rio.

Entonces se supo que el rey Enrique III, al ir á misa á *Marmontiers*, habia enviado mensaje al rey de Navarra, diciéndole que le seria muy grato verle y hablarle.—Se eligió para lugar de la cita el puente de la Mothe, á un cuarto de legua de Tours, pero el mariscal de Aumont acababa de llegar para hacer saber que el rey y su corte esperaban en el castillo de Plessis, y para rogar al rey de Navarra que pasase el rio.

Esto era lo que habia ocasionado el rumor de que hemos hecho mencion. Los oficiales, demasiado experimentados y temiendo alguna emboscada, no querian que Enrique se colocase dejando á su retaguardia el rio, ni que se pusiese á merced del rey; pero él, siempre noble é intrépido, hizo pasar el rio á sus guardias y les siguió con sus oficiales.

Llegado al castillo, le vieron los suyos con un sentimiento de disgusto atravesar sus puertas; pero esta emocion duró poco, porque no tardó en aparecer en la gran escalera de honor. Habia tanta nobleza en sus maneras, eran tan majestuosas y afables las miradas que dirigia al pueblo, que la multitud fascinada comenzaba á conmovirse y á decir que aquel era el verdadero rey. El conde de Auvergne, acompañado de los señores de Sourdis, de Liancourt y de otros caballeros, se apresuraron á recibirle y guiarle adonde estaba el rey, quien de vuelta de oír visperas en el convento de los *Hombres Buenos*, se adelantaba con su brillante corte. El rey de Navarra se inclinó ante Enrique III, y este le abrazó. Grandes aclamaciones resonaron por todas partes. Unos trepaban á los árboles para ver mejor; otros separaban á los guardias para ver mejor: los ancianos levantaban las manos al cielo y le daban gracias porque les habia permitido ver brillar un dia tan dichoso. Todo se olvidaba, perjuros, asesinatos, fanatismo; un solo sentimiento henchia todos los corazones: el de un inmenso júbilo, en vista de aquella reunion tan deseada, que hacia verter lágrimas á los hombres mas feroces.

En medio de aquel enternecimiento general, se atrevió María á mirar á su padre, confundido con ella entre las olas de un pueblo que respiraba placer y ventura. El viejo hugonote habia querido dominar su emocion, aunque en vano; gruesas lágrimas rodaban por sus marchitas mejillas, y estrechaba contra su pecho á María sin poderse contener. Entonces se arriesgó ella á decirle:

—Padre mio, Enrique os da el ejemplo; ya estais viendo que es muy dulce el perdonar.

—Sí, hija mia, es cierto. ¡Pobre Francia! Al fin ya vas á respirar. El es quien nos proporciona este dia; él seria un buen rey...

—Ya llegará ese tiempo, padre mio: dejad obrar á Dios. Mirad, mirad; tiene un semblante tan noble y tan bondadoso, como... Renato.

—¡Ah, picarilla! Ya te veo venir, y el momento no está mal escogido para predicarme olvido y perdon.

—Padre mio, si quisierais...

—Eso es... eso... padre mio... ¡bah! ¡qué necios somos los guerreros veteranos! Pues bien, veremos... veremos... pero... con prudencia y dando tiempo al tiempo. ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Ya no te ries? ¡María! ¡Hija mia!

Temblando y casi desfallecida en sus brazos, cubrió de pronto su



semblante la palidez de la muerte, al paso que extendía el brazo y murmuraba:

—Allí... allí.

Entonces descubrió Guillermo el objeto que causaba en su hija tan profunda emoción.

Era un joven elegantemente ataviado, que se encontraba á dos pasos de Enrique III. Su ropilla de terciopelo azul celeste, su recamada capilla, su cuello que ostentaba una cadena preciosa, todo el conjunto de su traje indicaba el elevado rango que ocupaba al lado del rey.

—¡El! ¡El! ¡Renato! exclamó el viejo. Ya sabía que estaba al servicio del rey; pero... es un señor. ¡Ah, pobre hija mía!

—Padre mío, no añadais otra palabra mas: os ruego que nos alejemos de aquí, pues me siento mal.

Un murmullo de piedad y de simpatía acompañaba á aquella joven tan bella y tan pálida, cuya indisposición atribuían todos al calor. Al mismo tiempo, y faltando á las leyes de la etiqueta, Renato, fuera de sí, con la cabeza descubierta y el semblante demudado, volaba á su encuentro.

El viejo le rechazó con un gesto y una mirada señalándole su propio traje.

—Señor Guillermo, esclamá el altivo joven; escuchadme una palabra.

—Retiraos, caballero; no es este vuestro sitio.

—No me sentencieis sin oírme: es cosa que prohíbe vuestra religión.

—¡Engañarme así! murmuraba el viejo, medio tranquilo ya por el tono y las miradas suplicantes de Renato.

A pesar de su enojo, no pudo menos de complacer á Guillermo el empeño con que aquel brillante caballero les abría paso entre la multitud. Apenas salieron del tropel, cuando Renato encontró ocasión de decirle:

—María, siempre soy el mismo Renato; el que os ama hoy mas que nunca.

María abrió los ojos, y Guillermo pudo entonces decir al joven:

—Pero ¿á qué este misterio? ¿Por qué no me habeis descubierto desde luego vuestro nombre y rango? Habeis obrado mal, caballero, y si nos sucede alguna desgracia, vos...

—Señor Guillermo, vuestro carácter severo, vuestra religión, nuestras divisiones políticas, todo hubiera opuesto entre nosotros una barrera insuperable. Yo amo, yo adoro á vuestra hija.

—¿Cómo! ¿Y os atreveis todavía?...

—Sí, me atrevo á amarla, porque este amor se dirige á la mujer que desco sea mi esposa.

Esta declaración enérgica hizo vacilar á Guillermo, quien por muy hugonote que fuese, era también padre y anhelaba ver feliz á su hija.

—Muy bien, caballero, contestó: hablais al menos como hombre de honor; pero eso no basta.

—¿Qué mas queréis?

—Que nos conozcamos mejor, pues necesito saber si sois digno de mi hija, que es rica y hermosa, y enterarme de la persona á quien la doy. El hecho es, que hasta ahora no me habeis dicho vuestro nombre.

—Ni se atreverá á decirlo, contestó una voz á su lado.

—¿Cómo! exclamó Guillermo.

Entonces vieron á un hombre embozado en una capa negra. Renato reconoció á La Fontaine: herido como por el rayo, por aquella aparición inesperada en circunstancia tan crítica, conoció que le abandonaba su presencia de ánimo y permaneció anonadado bajo la mirada salvaje de triunfo que brillaba en los ojos de su enemigo.

Guillermo y María esperaban con ansiedad el fin de tan extraña escena.

—¡Gran cuadro de familia! exclamó La Fontaine riéndose como un demonio. ¡Y qué, caballero! ¿Os habeis vuelto mudo? decid á ese hombre honrado el nombre que debe enlazarse con el suyo. Vamos, Renato de Moissac, cobarde y traidor asesino, alarga á tu prometida esa mano desleal que hirió por detrás al noble duque de Guisa.

—¡Asesino!!! repitió Guillermo apartándose con horror. ¡Nunca! ¡Nunca! Aunque hubiese herido á mi mas mortal enemigo.

—¡Mentira! gritó la joven sacando una especie de energía febril de su misma desesperación. ¡Mentira! ¿No es verdad, Renato?... ¡Ah! añadió con desgarrador acento. ¡La gitana! ¡La gitana!

—¡María! exclamó Renato irguiendo al fin la frente, abatida por la vergüenza. ¡En nombre del cielo, no me condeneis!... Ahora nos toca á los dos, miserable.

Y temblando de cólera se arrojó, acero en mano, sobre su enemigo.

Las dos hojas se chocaron como por instinto. Ambos combatientes jóvenes, ambos hábiles, conocían que había llegado el instante supremo, y desplegaron en aquella lucha mortal todo lo que el genio destructor del hombre puede inspirar á sus pasiones. Sus espadas describían con espantosa rapidez inflamadas curvas. Los golpes se daban y se recibían con igual astucia, con la misma intrepidez. Poco á poco sin embargo iba Renato ganando terreno, y su adversario, no pudiendo resistir la impetuosidad de sus ataques, se había visto obligado

á retroceder muchas veces: algunas gotas de sangre aparecían ya en su negro ropaje, cuando una partida de hombres armados, lanzándose de repente, agarró á los combatientes, los separó, y llevándose á La Fontaine, lo libertó de la impotente rabia de Renato.

Dirigió este una mirada furiosa y desesperada en torno suyo: María y su padre, adversario, enemigos, todo había desaparecido. Encontróse solo, y se creyó juguete de un sueño. La vista de su espada le recordó la realidad, y tal vez la hubiera empleado contra su pecho, si su escudero, que no había podido unírsele hasta entonces, no hubiera llegado á tiempo para quitarle el arma y conducirlo medio muerto de fatiga y de dolor á su alojamiento.

Al punto se apoderó de él una fiebre ardiente. Su escudero, que le era adicto, observaba con terror el delirio que se apoderaba de él. El infeliz se retorcia en su lecho, pues su desesperación era tanto mayor, cuanto que en sus instantes de lucidez creía ver á su alrededor un enemigo encarnizado y dispuesto á perder á la que amaba. Llamaron á un cirujano, quien después de haberle sangrado, prescribió un reposo absoluto.

—Roberto, gritaba el desgraciado; júrame que vas á reemplazarme, á velar por el rey y á enterarme de todos sus pasos... ¡María! ¡Oh! Pensar en su desprecio y en su peligro es para volverse loco.

—Tranquilizaos, señor, decía el pobre escudero con las lágrimas en los ojos: os prometo todo cuanto queráis.

—Vete pues, si me amas, y sé para ellos un buen genio. Acuérdate que la salvación de uno asegura la del otro. ¡El rey!... sigue todos sus pasos... vete, vete, pues ya no padezco... al contrario, me siento muy bien.

Y cayó sin fuerzas sobre los cojines.

(Concluirá.)

## LA FLOR DE RESEDA.

### LEYENDA ORIGINAL.

(Continuación.)

Era una cinta amarilla,  
que Ricardo cogió ansioso,  
y al resplandor neblinoso  
de la luna contempló;  
dos palabras misteriosas  
en ella escritas había:  
*siempre en un lado decía,  
jamás en otro leyó.*

Tristes palabras que encierran  
enigma de amor terrible;  
símbolo infernal, horrible  
de infeliz eternidad:  
*siempre ardiendo en pura llama,  
conocer la inmensa gloria;  
pero no tener memoria  
jamás de felicidad!*

\*\*\*

A la mañana siguiente  
supo el anciano caudillo,  
que faltaba en su castillo  
el paje que tanto amó:  
con inesplicable anhelo  
se buscó por todas partes,  
pero no bastaron artes  
á saber dónde paró.

Entre dueñas y escuderos  
hubo hablillas y rumores;  
unos hablaron de amores,  
quién trajo el diablo á danzar;  
alguno dijo, que en alas  
de un horroroso vestigio  
(cosas al fin de aquel siglo),  
se le había visto volar.

Solo Doña Inés lloraba  
en secreto por su amado,  
creyendo que despechado  
por su incurable dolor,  
en los brazos de la muerte  
habría buscado el consuelo  
que negara el duro cielo  
á su desgraciado amor.



VI.  
LA FLOR MARCHITA.

Bello es en pura mañana  
respirar el aire sano  
con que apacible convida  
la orilla amena del Darro:  
bello es en cuna de flores  
ver nacer un sol templado,  
que en un piélago de aromas  
columpia su ardiente carro:  
sobre la elevada cumbre  
ver el árabe palacio,  
que en los ojos de Boabdil  
aun hace brotar el llanto:  
allí está Generalife,  
de Omar recreo y descanso,  
y á sus plantas se desliza  
la fuente del Avellano.

Bello es ver el claro cielo  
cruzar, cual ave de paso,  
una blanca nubecilla  
que en un monte busca amparo;  
que allí es el cielo sin mancha  
terso espejo veneciano,  
donde Granada la hermosa  
mira su rostro agraciado;  
y es bello morir de amores  
allí, en parasismo grato,  
porque aquel Edén dichoso  
es del amor un regalo.

Un mes hace que la hermosa  
Doña Inés vive penando,  
sin saber el paradero  
de su querido Ricardo,  
y ha lucido para ella  
el día terrible, infausto,  
en que á Don Pedro de Ulloa  
debe dar su linda mano.

Brillante es la comitiva  
que por la margen del Darro,  
al Salvador se dirige  
con majestuoso paso;  
que el buen Martín de Alarcón,  
á fuer de cristiano rancio,  
por mostrar á los moriscos  
ejemplo de virtud sano,  
á la sacra ceremonia  
quiere dar grande aparato.

Rompen la solemne marcha  
cuatro escuderos, montados  
sobre fogosos corceles  
hijos del Betis lozanos:  
á no muy corta distancia  
van doce pajes bizarros  
con otras tantas doncellas  
enlazados de las manos;  
ciñen sus desnudas sienes  
coronas de verde lauro  
entretejido con flores  
de colores emblemáticos;  
y el bordado de sus trajes  
de oro y plata en fondo blanco,  
destella en vivos cambiantes  
del sol los ardientes rayos.

De caballeros y damas,  
parientes y convidados,  
crecido número sigue  
con imponente boato,  
y en pos de ellos Doña Inés  
de su prometido al lado:  
tiñe sus dulces mejillas  
púdico rubor liviano,  
y la sonrisa del mártir  
campea en sus trémulos labios:

brilla en sus profundos ojos  
fulgor eléctrico extraño,  
imagen de inmensa dicha,  
ó de fiebre cruel amago:  
con amargura contempla  
tal vez el frondoso campo  
que ante su ojos estiende  
rico y florido su manto;  
que hasta del orbe las galas  
insultan al desgraciado !...

Después de todos, caminan  
un guerrero y un anciano,  
en traje de guerra, Ulloa,  
y el de Alarcón enlutado.

\*\*\*

La que há poco era mezquita  
del árabe frecuentada,  
es ya iglesia que el cristiano  
á su Salvador consagra:  
sobre los espesos muros  
no se ven ya entrelazadas  
con mosaicos caprichosos  
del Al-Koran las palabras;  
no, que severos altares  
por todas partes se alzan,  
y el templo, de luz henchido,  
brilla como de oro un ascua.

Numerosa concurrencia  
llena las naves sagradas,  
y en sus semblantes se pinta  
la inquietud de quien aguarda.

Sacristanes y monagos  
ocupadísimos andan,  
y hacen resonar la seda  
de sus negras hopalandas.

Un rumor indefinible  
que santo temor acalla,  
anuncia de los esposos  
la aparición deseada.

Los hombres les hacen calle  
y al novio envidian la palma;  
las mugeres ven con celos  
de Inés las sencillas gracias,  
y los muchachos se empinan  
sobre los piés por mirarla.

En tanto, la multitud  
cruza un jóven de faz lánguida,  
en hábito de novicio  
de la Victoria: las gradas  
sube que al altar conducen,  
y se postra ante sus aras.

La indiferencia se pinta  
en su cóncava mirada,  
y entre mil ojos curiosos  
los de él solo no se alzan.

Es llegado ya el instante  
en que ha de quedar ligada  
la existencia de dos seres  
para nunca separarla:  
solemne y grave momento  
en que sola una palabra  
al hombre y á la muger  
la dicha ó la muerte lanza:  
Ya el sacerdote ha entregado  
al jóven sortija santa,  
signo de lazo invisible,  
de irrevocable alianza;  
con sus manos estendidas,  
sobre los novios las palmas,  
de fidelidad perpetua  
juramento les reclama,  
que gozoso el caballero  
presta sin leve tardanza;



pero Doña Inés entonces  
quedó mas que nunca pálida;  
la voluntad la abandona,  
quiere hablar, y muda calla;  
en sus labios entreabiertos  
el sí formidable vaga;  
vuelve los ojos en torno,  
y su mirada demanda  
un consuelo, un protector,  
un apoyo, una esperanza.  
Desvanecida y temblando  
fija la vista en el ara,  
y una pobre *flor marchita*  
ve sobre el altar tirada:  
una flor que de recuerdos  
terribles llena su alma,  
recuerdos que como flechas  
en su corazón se clavan:  
da un grito ahogado la joven,  
la luz y el vigor la faltan,  
vacila, gime, y al suelo  
baja entre mortales ansias.

## VII.

## DELIRIO.

En una estancia pequeña  
do apenas alumbra el día,  
y á la escasa luz sombría,  
se ve sentada una dueña  
junto á un lecho de agonía.

De pié en el opuesto lado  
observa un médico atento  
el raro padecimiento  
que á Doña Inés ha privado  
de sentido y movimiento:

Es un ataque nervioso  
de síntomas tan estraños,  
que el Hipócrates celoso  
desconfía receloso  
de su ciencia y de sus años:

Una esencia penetrante  
al olfato aplica inerte  
de la desgraciada amante,  
y con atencion constante  
vela su sueño de muerte.

Está la joven hermosa  
con su color nacarado;  
que ni aun á la muerte es dado  
robar á la pobre rosa  
su perfume delicado.

Bajan los flotantes rizos  
hasta la ebúrnea garganta,  
dándola hermosura tanta,  
que se aumentan sus hechizos  
del dolor bajo la planta.

Lúgubre silencio impera,  
y solo se siente fuera  
el paso lento y pausado  
de un hombre que ansioso espera  
de la ciencia el resultado:

Los años marcan su frente  
con arrugados matices,  
y en su barba gris luciente  
se hunde la huella inclemente  
de dos hondas cicatrices.

Fija á veces la mirada,  
con paso firme camina;  
otras la cabeza inclina,  
ó de pronto, levantada,  
furor violento domina.

Era Martín de Alarcon,  
que al fin, con planta insegura,  
conteniendo su emocion,  
penetró en la habitación  
de la paciente hermosura.

(Continuará.)

FRANCISCO J. ORELLANA.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Ríos.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.